

Borracho, pero con flores vuelvo

Escucho al Canario Luna. Tomo un tecito que me preparó Maji. Escribo. Tengo fiebre. Gripe, creo. Maji me cuida.

Pienso en él, en el Ponchi. Lo veo. Seguramente estará pasando niveles en alguno de sus juegos de la play, en Barracas. Su imagen se me aparece, de a ratos. Está grande. Ahora no sólo se pelea con los chicos de segundo, también le pega a los de cuarto, a los de quinto. La maestra lo obliga a formarse adelante, cuando salen del colegio, si lo deja atrás, casi siempre lo pierde de vista y tiene que ir a buscarlo y lo encuentra dándole trompadas a uno de sus compañeros - de segundo, de cuarto, de quinto-. Pega fuerte. Pero es justo, también, contar, que al bajar las escaleras, a la salida, él carga la mochila de otro, una mochila con rueditas que pesa demasiado para llevarla a la rastra. Su mochila y la mochila ajena. Lo hace para aliviar a su amigo, que es más chiquito.

Borracho, pero con flores vuelvo, canta el Canario. Me gusta ese verso. Se lo hago escuchar a Majita y ella sonríe porque le encantan las flores y también, obvio, la cerveza, el vino. Borracho y con flores. Es una combinación casi perfecta.

La primera vez que quise besarla estábamos borrachos. Habíamos

tomado muchísimo. Ella no se dejó besar y salimos de ese bar, tensos, y dos cuadras después nos dimos cuenta de que no habíamos pagado. Entonces me dijo que si yo quería podía acompañarla a su casa, que su papá no estaba. Le pregunté si en la casa iba a dejarme besarla, y contestó que no, que fuéramos como amigos. O como lo que realmente éramos, el profe del taller literario y su alumnita. Así no voy, nena, le dije. Enseguida tomó el 152 y se quedó dormida. En lugar de bajar en Nuñez se bajó en Martínez.

Le voy leyendo esto y se ríe. Se acuerda de aquella noche y de otras noches y de otros días. De mis mudanzas: a la pensión de la calle Lezica, al depto de Avellaneda. Del mediodía en que conoció al Ponchi. De la tarde que pasó por mi trabajo y me dijo: “¿por qué sólo los hombres pueden regalar flores?” y me dio un ramo de jazmines y una tarjeta.

“Casate conmigo”, le dije, hace unas semanas. Nunca le había propuesto eso a nadie. Y ella, haciendo pucherito, con unas pocas lágrimas en los ojos, me dijo que sí. Así me dijo: “sí, me caso”.

Ariel Bermani

Pequeños mozos

Cuando era chica estaba absolutamente convencida de que los padres tenían hijos para que les alcanzaran las cosas. Creía que los hijos eran pequeños sirvientes, pequeños mozos.

“Llamá a tus hermanos a comer”, “alcanzame el teléfono”, “cambiá de canal que el control remoto se quedó sin pilas”, “traeme un cenicero”, “pedile a la abuela que te de una ensaladera grande. No nena, eso es una fuente, en-sa-la-de-ra”.

Y el colmo es la jerarquía de mozos para la cual el único requisito es procrear: un mozo anciano le pide aun mozo adulto que le pida a un pequeño mozo algún mandado fácil pero molesto. Muñecas rusas de puro imperativo enmascarado de subjuntivo. “Hija, decile a la nena que traiga del fondo la caja con las bolas del arbolito y que las limpie con una franela, que tenga cuidado porque algunas son de vidrio. Yo después selecciono las que sirven y vos lo armás. ¡Pero métanle que si no, no va a estar listo ni en pascuas!”

Descubrí que los pequeños mozos sirven también cuando no están presentes. Son cajas de las cuales extraer cualquier tipo de excusa. Para

hacer paseos infantiles que ellos odian pero a los que resulta más fácil acceder con un pequeño de la mano. Para decir que no a invitaciones aburridas o citas impostergables: “no tengo con quién dejarlo”. Los pequeños mozos son excusitas ideales para cuando un padre separado juega a dos puntas: “hoy me toca estar con mi hijo, ¡qué lástima! Me gustaría

Los pequeños mozos son excusitas ideales para cuando un padre separado juega a dos puntas: “hoy me toca estar con mi hijo, ¡qué lástima!

pasar el fin de semana con vos. Te llevaría de escapada a la costa. Pero, viste, tengo al pequeño conmigo” y al fin de semana siguiente, la misma excusa usada es oída como flamante por el otro vértice del triángulo.

Además, los pequeños mozos son

enfermizos. Aunque tuvieran una salud de hierro siempre les son verosímiles unas líneas de fiebre, los piojos, los parásitos, los vómitos, los mocos, la gripe. Es tan creíble que un niño tenga achaques como que los tenga un viejo. Aunque la salud reine en sus pequeños cuerpos, mentir “el niño está enfermo” no computa como mentira puesto que, tarde o temprano en ese mismo día en el que están espléndidos, harán un berrinche. Y un niño encaprichado contagia los ánimos como una peste.

Pensaba en los pequeños mozos cuando era chica y ahora, siendo una mujer joven, cuando termino de bañarme y descubro que no llevé el toallón al baño, o llegó el delivery y estoy descalza, o suena el teléfono abajo cuando estoy arriba, o necesito una excusa incontestable para no asistir a un cumpleaños, pienso lo útil que sería tener un pequeño mozo. Si se retobara le diría “es tu deber”, “porque sí”, “porque yo lo digo”, “porque soy tu madre”. Y él simplemente tendría que obedecer a esos mínimos mandados. Lo pienso unos instantes y la idea prende con fuerza. Me pregunto si esto no es señal de que está sonando mi reloj biológico. Es la hora de que me sirvan: ¡quiero un hijo!”.

Silvina Gruppo

No pudo ser

(Para P. Maronna)

Al mismo tiempo que la cabeza de Pablo se inclinó hacia abajo, su brazo izquierdo se levantó. Luego, con un inconsciente movimiento de sus ojos, pudo ver la hora que marcaba su reloj. En ese preciso instante llegó Yanina.

-Disculpame, ¿me esperaste mucho?- dijo mientras le daba un beso.

-Eso depende- respondió Pablo luego de que su boca hiciera contacto con la mejilla de la chica.

-¿De qué depende?

-De muchos factores- respondió vagamente.

-¿Podés ser más claro?- imploró Yanina.

-Vos me preguntás si te había esperado mucho y eso depende de la importancia que tenga para mí este encuentro.

-Seguí, a ver si te entiendo- propuso.

-Si yo tuviera la intención de casarme con vos y fundar una familia, tener hijos, nietos y bisnietos, media hora de espera sería poco tiempo- explicó.

-Bueno, entonces ¿cuanto me esperaste?- repreguntó Yanina.

-Media hora hace que llegué.

-¿Fue mucho?- interrogó Yanina con la intención de saber lo que Pablo esperaba de esa relación.

-No, no fue mucho- respondió sin pensar.

-Entonces vos querés casarte conmigo - parecía Sherlock Holmes al descubrir al culpable de un crimen.

-No, estás muy equivocada- interrumpió su festejo.

-Pero, vos dijiste que media hora no era mucho

para...

-Yo no te esperé media hora, yo te esperé quince minutos- explicó Pablo.

-Vos, hace un rato, me dijiste que me esperaste media hora -intentó salvar su deducción.

-No, yo llegué hace media hora. Como siempre llegás tarde, te empecé a esperar luego de quince minutos- completó la explicación.

-Entonces ¿no me amás?- preguntó haciendo puchero.

-¿Amarte? No, eso jamás. Yo soy selectivo con esas cosas- terminó de sepultarla Pablo.

-Bueno, no me importa. Igual Mariano y Roberto seguro que me aman- pensó en voz alta.

-Lástima que no vienen - murmuró Pablo.

-¿Cómo que no vienen?- se exaltó Yanina.

-Los engrupí para que no vinieran así podíamos estar los dos solos.

-No entiendo, si vos no me amás- se preocupó.

-Bueno, amor y sexo son dos cosas distintas - fanfarroneó Pablo.

-Creo que estás confundido pibe- dijo Yanina y se fue.

Pablo se quedó solo. Caminó media cuadra y paró en un quiosco. Sacó un paquete de preservativos y le dijo al quiosquero:

-¿Me podrás devolver la plata?

-No. Pero te puedo dar otra cosa por ese mismo valor -ofreció el quiosquero.

-Bueno, dame dos barritas Felfort de manzana y una botellita de coca- eligió Pablo.

Mariano Quintero

El existencialismo es un onanismo

El presente espacio fue gentilmente cedido por Adrián Drut a la investigadora y docente Maribel Medina Lemercier

Hay veces en que los que estamos inmersos en la Academia no podemos ver lo que hay alrededor, en ese mundo cotidiano, común, el de todos, ése que también es de Ud. y mío, nuestro, de nosotros, ése que me permite, por ejemplo, disfrutar sin prejuicios de la compañía -en la página opuesta- de mi amiga Valeria Mazza, un mundo sorprendente y en constante evolución, mal que le pese a gente como José Pablo Feinmann, con quien me une una juventud en común, pero me separa una adulta polémica insalvable, una tan profunda como inconducente (en el sentido en que es imposible, para aquellos que hacemos de la medida una bandera, acordar puntos en común con aquellos que defienden la visceralidad de un odio antinómico perimido y ridículo, cuanto más que es

sostenido desde la dudosa trinchera del pensamiento filosófico de un estandarte del nacionalsocialismo), un mundo, decía, maravilloso sin embargo, y que nos confronta con lo nuevo, la representación simbólica de la alteridad de aquello que ni Ud. ni yo podíamos siquiera intuir hace apenas unos pocos años, y sin embargo es hoy por hoy cosa de todos los días (y pienso en Rosa, la señora que hace tanto trabaja en casa por un sueldo miserable y me enseña, con su humildad a toda prueba, los valores secretos de esas pequeñas cosas) esas cosas que incluyen cómo no compartir un domingo desde estas páginas con seres a quienes no conozco pero puedo entrever, y que sé tan abiertos y curiosos como yo misma, que, como mencionaba al principio, debo hacer el esfuerzo consciente de sacar la cabeza por encima

del agua de la Academia con el fin de buscar una equidistancia que los que tenemos más de cierta edad y hemos asistido a sendas e innumerables marchas y manifestaciones y a otros tantos desencantos (mal que le pese a gente como José Pablo Feinmann quien insiste en descalificarme y me llama “pedazo de trola malcogida de la Recoleta”) pugnamos por valorar con la misma importancia que le damos al silencio reflexivo, a la palabra superadora, a ese intersticio de cordura que me permite decir, decirles... ahora sí: me compré un teléfono celular. Y eso es un derecho que ningún extremismo trasnochado de gloria puede o debe quitarnos. Las ideas son más fuertes que la espada. Pero los mensajes de texto lo son todavía más. Ojalá lo comprendamos.

Maribel Medina Lemercier

Arrobamiento

No hace tantos años, las computadoras ocupaban un gran metraje en edificios dedicados a la actividad científica y militar. Sólo las veíamos en series de ficción o documentales. Pero un día se comprimieron para entrar en casa. Al principio en forma de monstruo que amenazaba con avasallar la capacidad de lectura, de estudio, del saludable despliegue natural de las personas. Se presentaban como un agregado exótico y de despareja accesibilidad a las siempre difíciles relaciones del ser humano con sus semejantes, su entorno, su historia, su destino. La idea de incorporar a nuestras vidas tal refinamiento cultural, a algunos nos parecía de tan escaso gusto como tener en la mesita del living un desaprovechado trozo de meteorito. Sin embargo -primero por pocos, después por todos-, la resistencia se fue debilitando y quien más quien menos cambió de rincón la máquina de coser de la abuela y le encontró un lugar al mamotreto tecnológico que prometía enriquecer el alimento diario de nuestros hijos con la deliciosa Encarta, además de conectar de por vida al tío Claudio con su prima segunda de Piamonte.

Se presentaban como un agregado exótico y de despareja accesibilidad a las siempre difíciles relaciones del ser humano con sus semejantes, su entorno, su historia, su destino.

nos hizo albergue de grandes pasiones, frazadita, almohadita, prótesis, piel, pariente consanguíneo.

Como toda cosa -más o menos- placentera, no tardó en caer en manos de la adicción, merced a lo cual, la antigua desconfianza suscitada por el espacio cibernético se relanzó a la sociedad, esta vez en aras de la

Betty reloaded

La plenitud del otoño, que suele traer para Betty una ligera compulsión al Legui y el té de jazmines, esta vez se declaró sin aviso previo y nos hizo correr a todos para cerrar las ventanas y prender las estufas de tiro balanceado. En medio de ese ejercicio anual que anuncia la nueva temporada de licencias por gripe y enfriamiento, y a pesar de la mirada fija con la que el referencista la sigue por toda la Biblioteca, Betty logró acercarse hasta mi escritorio y recostándose sobre el armario me dijo en un susurro: "A mí lo que me asombra es la insistencia. La manera en que María Luisa, o yo, o vos, sin ir más lejos, ya sabemos varias cosas y sin embargo intentamos de nuevo." Y sin que pudiera decirle que la voz se le notaba un poco ronca, siguió: "Todavía no me lo figuro del todo, pero debe ser que no son repeticiones, que todo es nuevo aunque sea lo mismo. Debe ser que hasta cuando no hacemos nada de lo que ya sabemos, y parece que renunciamos, en

realidad estamos tomando aire para otro etcétera."

Pensé entonces que se acercaba la fecha en que el viaje postergado desde hacía tiempo iba finalmente a concretarse, y que la licencia de Betty ya estaba aprobada con sello de Mesa de Entradas y con los formularios abrochados y guardados en su legajo. Imaginé entonces que la voz ronca tenía algo que ver con la posibilidad de estar a diez horas de avión de la primavera y que eso era una novedad y una repetición al mismo tiempo. Pero Betty ya estaba poniendo las estufas en piloto, y ese gesto acostumbrado la dejaba en medio de la Sala de Lectura, a punto de decidir cambiar los hábitos o insistir en la repetición con alguna que otra variante. Así que me fui al archivo, a probar el té de jazmines que me había dejado servido en la taza de siempre, como para que decidiera sola qué cosas iban a ser, finalmente, una novedad.

María Martha Gigena

investigación médica.

Interesada en las observaciones de tales investigaciones, logré conseguir invaluables documentos. Los más recientes provienen de diversas asociaciones de especialistas que anuncian la llegada de una nueva enfermedad vinculada a la Internet cuya evolución podría ser fatal o al menos producir un aplanamiento del aparato psíquico que haría perder el tiempo a las personas que la padecen. Aún así las crisis matrimoniales causadas por la dependencia a Internet son las de más vieja data aunque de crecimiento acuciante. Al respecto transcribo el fragmento de un manuscrito en el que se trazan algunos preceptos destinados a conformar a la esposa de un navegante compulsivo: "De suerte que si la mujer se queja de que su marido no llega a ella y si pudiendo yr con cada una (esposa y compu), una noche y no fue por estorbo, ...le mandaba Dios que tubiese acto con ella, que lo cumpliese con dalla cada quatro noches, una; y que, de haçello, le alcançaba en lo más de su navegación. Y para ésta le sobran tres noches, en cuya conformidad se fueron los dos muy contentos."

Nora Martínez

Año II - Mayo 2008 - Número 22

Muestra gratis

www.odradek.com.ar

domiciliodesconocido@odradek.com.ar

*- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.
Franz Kafka*

Los domingos, bailar

Como cada último domingo del mes nos juntamos en casa a bailar. Los chicos empiezan a llegar tipo 14.30 pero hasta las 15 no arranca la fiesta. Bailamos en el living con las líneas de sol que deja pasar la persiana semilevantada pegándonos a veces en la frente, a veces en la espalda. El clima es fresco tirando a frío, no nos gusta bailar y transpirar. Hemos llegado a prender el aire acondicionado en pleno julio cuando la tarde resultó cálida. Ese detalle le suma encanto al encuentro. No es lo mismo bailar rock sudando que hacerlo con el maquillaje en perfecto estado, la camisa suelta, el peinado despeinado pero nunca húmedo.

Cada uno trae lo que puede: un paté, facturas, algo que sobró del mediodía... para tomar en general hay whisky, gaseosas, agua mineral, granadina y algún licor. En el baño hay guirnaldas y en cada doblez de cada guirnalda, una sorpresa. Puede ser un canapé, una flor, un billete de 20. Solo se puede retirar de a una sorpresa por vez que se ingresa al baño, y solo se puede ingresar si el deseo de hacerlo es enorme. Y nadie quiebra estas reglas, ni las otras. Eso es lo mejor de estas fiestas. Eso y bailar.

Walter y yo bailamos raro pero muy bien a mi criterio.

Levantamos una pierna, la sacudimos arriba y abajo, hacemos un paso para atrás, una serpiente con el torso... lo importante es el gesto. Todos nos miran bailar, nos admiran. Pero cada uno se defiende con lo suyo. Por ejemplo, Valeria usa unos vestidos impresionantes. A veces verdes, a veces azules.

Un detalle es que nunca ponemos fuerte la música (a esa hora está prohibido por el reglamento del consorcio). No nos molesta que se escuchen los pies rozando contra el piso, ni que se oiga la respiración de la pareja de baile.

Cuando nos empieza a ganar el cansancio subimos un poco la música, apilamos los almohadones y nos sentamos encima, todos amontonados en ronda. Ahí ya no importa quien es quien. Algunas remeras se levantan, algunas camisas se abren, suben las polleras... pero sutilmente y solo si el deseo nos lleva. Cierres que bajan, broches que se desprenden... Están los que cogen y los que se dejan coger. Y los que miran tapándose con algún abrigo (tal vez ya son las seis, tal vez ya empieza a refrescar y al otro día hay que ir a trabajar... y siempre es mejor si no duele la garganta).

Yanina Bouche



Detalle - Nora Martínez

Algo más interesante

Saltó de a uno por los noventa canales de la tele, incluyendo los nevados y los borrosos. Volvió al punto de partida. Revisó los mensajes de texto guardados en el celular. Levantó el libro como para conocer su peso exacto. Lo dejó. Descubrió la revista. La desplegó. Leyó los títulos, algunos, no todos. Buscaba algo más interesante.

Roberto Gárriz